



## Capítulo 156 - Una mujer enojada.

Vergil asintió lentamente, observando el cambio en la expresión de Zafiro, que ahora se había vuelto completamente seria. Sabía que las palabras «Azazel» y «Ángeles Caídos» provocarían una reacción, y como siempre, disfrutaba observando sus reacciones, sobre todo cuando se trataba de asuntos tan peligrosos.

—Sí —respondió con su habitual frialdad—. Azazel, el Rey de los Ángeles Caídos. Me contrató para solucionar un problema específico: dar caza a sus propios subordinados, que están fuera de control.

Zafiro no ocultó la incomodidad en su expresión. Se acercó a él, con los ojos brillantes de escepticismo y preocupación. «Esto es demasiado arriesgado, Vergil. Azazel es un idiota manipulador, y los Ángeles Caídos... no son enemigos fáciles. Puede que estén en declive, pero no subestimes lo que pueden hacer, sobre todo con un líder como Azazel al mando».



Vergil la observaba impasible, pero en su interior sabía que tenía razón. Azazel no era alguien con quien se pudiera jugar. Pero también sabía que nunca era de los que se echaban atrás ante los desafíos, sobre todo cuando su poder estaba en juego.

—Sé lo que hago, Zafiro —dijo, aún con la calma—. Pero tienes razón. No subestimo el riesgo, simplemente no dejaré que me detenga.

Zafiro guardó silencio un momento, observándolo con más atención. "Te estás volviendo más atrevido... Debo admitir que me excita un poco", bromeó, acariciando su pecho con un dedo.



Vergil observó la energía que latía dentro del orbe con una sonrisa enigmática, la energía azul vibrando intensamente en sus palmas. No pudo evitar disfrutar de la situación, lidiando una vez más con algo que parecía tener mucho más valor del que aparentaba.

"¿De verdad?", dijo con ironía, mientras su atención permanecía fija en el orbe; la energía en su interior se volvía cada vez más impredecible. "Jugaré al juego de Azazel por ahora, pero en el fondo, solo estoy aprovechando la oportunidad". Hizo una pausa, con la mirada fija en el objeto. "Es fácil abatir enemigos con uno o dos golpes... pero si puedo librar batallas más desafiantes, me haré aún más fuerte".

Zafiro lo miró con escepticismo, pero su atención permaneció fija en el orbe. «Estás arriesgando más de lo que parece. Puede que esto no salga como crees, Vergil».

"Ah, sí", asintió Vergil con una sonrisa traviesa. "Pero también es una gran recompensa por adelantado, ¿no crees? Aunque le sigo la corriente a Azazel, fingiendo indiferencia, me dio algo muy valioso". Sostuvo el orbe, sintiendo su pulso de poder.



Zafiro frunció el ceño al tomar el orbe de las manos de Vergil, y entrecerró la mirada al observar cómo la energía del orbe cambiaba en sus manos. «Considerando que los demonios ahora tienen a ambas Emperatrices Dragón, las cosas están a punto de volverse caóticas. Esto va a alterar el equilibrio de poder en el futuro».

Vergil la observó, pero antes de que pudiera responder, la energía del orbe se desvaneció por completo, y sintió una punzada de frustración. «Qué curioso...», comentó, sin perder su sonrisa divertida. «Parece que le gusto».

Zafiro lo miró sorprendido, mientras Vergil, sin dudarlo, recuperaba el orbe. La energía regresó al instante, y sintió el poder de la Emperatriz Dragón latir



con renovada fuerza. «En efecto, está fascinada conmigo. Algo me dice que esto será un pequeño juego dentro del gran juego de Azazel». Miró a Zafiro, con una sonrisa ahora más enigmática. «Parece que la diversión apenas comienza».

"Oh, sí... muy divertido", murmuró Zafiro mientras volvía a disfrutar del tacto de Vergil y de su beso.

Sin embargo, dentro del orbe, la realidad parecía distorsionada, como el reflejo de un mundo que jamás debió existir. El entorno estaba inmerso en una densa y etérea niebla, con formas vagamente visibles acechando en las sombras. En el centro de todo, en un inmenso trono de antiguo oro blanco, se sentaba la Emperatriz Dragón de Platino. Su imponente figura irradiaba un aura de poder que hacía temblar el aire a su alrededor. Sus ojos azules brillaban con furia contenida, observando cada movimiento en su aposento mientras su mente bullía con pensamientos caóticos.

Se reclinaba tranquilamente en el trono, pero la tensión en su cuerpo era palpable, como una tormenta a punto de estallar. Cada palabra de Virgilio parecía resonar en el silencio del palacio vacío, como un eco molesto e insoportable.

Las menciones a su "inutilidad" que él repetía aún ardían en su mente, como si fueran cuchillas afiladas que cortaban su autosuficiencia y su orgullo.

«Inútil...», pensó, repitiéndose la palabra con creciente furia. «Maldito...».

El palacio que la rodeaba parecía reflejar su ira. Las paredes estaban cubiertas de tapices de antiguas batallas y dragones caídos, con intrincados detalles de su linaje y hazañas. Pero a medida que su estado emocional se intensificaba, las imágenes comenzaron a distorsionarse, los colores se volvieron más vívidos y los tapices se rasgaron, como si el mismo espacio reflejara la turbulencia en su interior.





Apretó los puños; sus largas garras de dragón reflejaban la luz como cuchillas afiladas. «Malditos demonios», murmuró para sí misma, con voz grave y peligrosa. «Con cada aparición, esta raza se vuelve más repulsiva. Siempre tan engreídos, creyéndose capaces de todo solo porque son... demonios». Gritó, y el sonido reverberó por todo el palacio como un trueno. Las columnas a su alrededor temblaron, y una ola de energía se extendió por el entorno, haciendo vibrar toda la estructura.

Se levantó del trono con un movimiento rápido y feroz, con la mirada fija en el vacío, como si pudiera ver a Vergil allí de pie, indiferente, con esa expresión superior.

«Crees que puedes tratarme así, ¿verdad, muchacho?», pensó, con la rabia en aumento. «¿Crees que soy débil, que soy inútil? ¡Qué tonta!».

Se dirigió al centro del salón, sus pasos estremeciendo el suelo mientras su poder fluía a su alrededor como una tormenta. "¡Soy la Emperatriz Dragón de Platino! ¡Yo, la que destruí reinos enteros, la que quemé continentes con mi propio aliento! ¿Cómo te atreves a llamarme inútil?", rugió, con la voz llena de furia ancestral.

Sus ojos brillaron intensamente y una ola de energía pura comenzó a acumularse a su alrededor, como si el poder mismo del dragón estuviera a punto de explotar. Cerró los ojos un instante, controlando la tormenta que la embargaba. Pero al abrirlos de nuevo, una mirada de odio puro dominaba su rostro. La furia estaba a punto de desbordarse. «Vergil, ¿crees que puedes controlarme con ese orbe? ¿Crees que solo soy una herramienta para tu juego? ¡Maldita sea...! ¡TE MATARÉ!»

Con un movimiento fluido y letal, la Emperatriz se preparó para lanzar un ataque devastador. La energía en su interior se concentró, formando una esfera de destrucción pura, lista para ser lanzada contra el intruso que tanto





la había insultado. Ya no podía controlar su deseo de venganza. Él merecía ser destruido, reducido a cenizas, por atreverse a tocarla y tratarla como si no fuera nada. Y esta ira no se limitaba solo a Vergil, sino a todos los demonios, esta raza despreciable que había manchado el nombre de lo que ella era.

—Los destruiré a todos. Y nadie escapará. Ni siquiera tú, Vergil... —dijo con la voz cargada de odio y promesas de muerte.

Sin embargo... el ataque no hizo nada...

"iiiMALDITO!!!"

